

Uno no es igual a uno

Amer K. Almassri. Palestina

24 de noviembre de 2022

Por primera vez, el avión no aterriza en mi cama. Me froto los ojos con fuerza para estar segura. Sacudo un poco los pies fingiendo espantar una mosca. Para sentirme libre, dejo que la brisa me acaricie el cabello. Me miro la muñeca; son las seis de la mañana... Oigo una voz muy lejana que dice: «Señores pasajeros rumbo a Madrid... Por favor diríjense a la puerta número...». Entonces me acuerdo de Salma, cuyo padre desapareció con mi diario. También me acuerdo de mi padre, que desapareció, una y otra vez, durante veintiséis años de mi vida. Más allá, veo a Safwan y, por primera vez en mi vida, somos casi iguales.

24 de noviembre de 1996

Mi madre dice: «Llovía tanto que no podía ver el cielo, pero escuché un fuerte golpe en el vidrio de la pequeña habitación del hospital». Y también: «Nunca supe que te llevaba dentro. Recé a Dios para tener un hijo hermoso que, al crecer, se peinara hacia el lado derecho, y que fuera respetado y admirado en el pueblo. Para conseguirlo, seguí una dieta determinada, comiendo ciertos alimentos y privándome de otros, tal como me aconsejaron las mujeres del pueblo». Y siempre prosigue del mismo modo: «Di a luz a un niño hermoso, tal como deseaba, pero, para mi sorpresa, el dolor no cesaba. Entre los pies, vi otra cabeza que asomaba hacia afuera. Era la tuya. Fue una grata sorpresa para mí y un disgusto para tu padre, quien dijo con tristeza: “Habría sido más afortunado y feliz si los mellizos hubieran sido varones”».

Durante veintiséis años, mi madre no cesó de contarme ese día, y yo podía sentir su orgullo por ser la única mujer en el pueblo capaz de dar a luz a mellizos. Siempre que me contaba esa historia, al llegar al final insistía en lo feliz que era por haber traído al mundo a una niña como yo. Y yo nunca dejé de creer en todo lo que decía, quizá porque las madres nunca mienten, o quizá porque era una estúpida.

Cuando crecí un poco más, pude empezar a notar las primeras diferencias entre mi hermano Safwan y yo. Fue entonces cuando me asaltaron las primeras dudas sobre lo que mi madre me contaba. Recuerdo una noche de noviembre en que toda la familia estaba sentada a la mesa para cenar. Yo, Aseel, al lado de mi madre, y mi padre y mi hermano al otro lado. Ese día, mi padre se dirigió a nosotras para decir: «Aseel ya no es una niña y debe empezar a ponerse el hiyab». Mi madre asintió con un gesto y no replicó. A la mañana siguiente, fui a la escuela con mi hermano Safwan, como siempre. Oía el mar a lo lejos y, dentro de mí, de una niña que aún no había cumplido los diez años, notaba cómo algo se derrumbaba.

Recuerdo que, esa mañana, todos los maestros me saludaron con especial alegría, con ceremonia. Sus palabras se deslizaban en mi interior como las olas del Mediterráneo se me deslizaron un día por la boca. Sonreí por aquel acto heroico, pues en ese momento lo creía heroico: llevaba el hiyab y era una niña educada y obediente. Luego ya se convirtió en costumbre, y empecé a odiar todo cuanto sucedió a partir de entonces.

Miraba a mi hermano, que se peinaba hacia el lado derecho, con un odio extraño que no cesaba de crecer. Deseaba tener aunque fuera un poco de la libertad que él gozaba, la justa para peinarlo como él.

Así empecé a sentir un choque, algo que se derrumbaba en mí, como aquella vez que soñé con tener una bicicleta y vi a mi padre de regreso a casa cargando con una bicicleta que no era para mí. Ese día, mi madre me dijo que sería una vergüenza que una niña montara en bicicleta. Luego me miró entre las piernas y añadió: «Podrías perder la virginidad». Ese día, Safwan montó en la bicicleta y salió a la calle. Yo seguí alimentando el sueño que solo mi hermano pudo convertir en realidad. Una roca gigante me golpeaba el corazón cada vez que él salía con la bicicleta, sonriendo ante el poder que le otorgaba ese artilugio para desafiar el tiempo y la distancia. Al acostarme, sentí que los ojos se me convertían en nimbos y llovían durante toda la noche.

Hubo muchas otras lluvias que cayeron de esos nimbos. Un día, cuando la profesora de matemáticas resolvía una ecuación matemática en la pizarra, afirmó que uno es igual a uno, y entonces no pude callarme. Me levanté delante de toda la clase y dije:

—Pero es que uno no es igual a uno.

—Si lo demuestras, te subo cinco puntos —respondió ella.

—Muy fácil —dije yo muy serio—. Yo soy uno y mi hermano Safwan es uno, pero yo no soy igual a él. Así que uno no es igual a uno.

La profesora de matemáticas consideró que aquello era una broma estúpida y merecía un castigo, así que me castigó.

Sin embargo, yo no estaba equivocada. En la vida real, uno no siempre es igual a uno. Prueba de ello, una vez más, fue el día que Safwan y yo llegamos con la misma nota media del instituto. Pese a ser el mismo número, el suyo significaba que podría alcanzar el primer mundo, mientras que el mío no me permitiría salir de mi ignorancia. Mi padre ofreció a Safwan la posibilidad de continuar los estudios en varios países, pero a mí nadie me dio ninguna elección. En menos de un año, él estaba sentado en los asientos de la Universidad de Barcelona, en España, mientras que yo seguía sin poder elegir. Empecé a estudiar en la universidad de mi ciudad, donde los servicios de seguridad garantizan la destrucción de toda historia de amor surgida en el campus durante las veinticuatro horas.

Si entonces mi padre me hubiera dado a elegir, yo también me habría marchado a España. Era un lugar que Safwan y yo anhélábamos conocer desde que mi padre nos contaba, de niños, sus aventuras por las calles de Sevilla. También nos hablaba de sus largos paseos con su querida Angelina por el parque de La Ciutadella, en Barcelona, y de cómo logró enseñarle a pronunciar algunas palabras en árabe: «te quiero» y «amor mío». Angelina nunca pronunciaba la *h* como *kh*. Cuando el verano se acercaba, fuimos a pasar un día en del mar Mediterráneo y mi padre tomó un puñado de arena y dijo: «La arena de Barcelona es mucho más suave que la nuestra».

Mi hermano Safwan me enviaba fotos de sus viajes. Aún recuerdo su primera foto sentado en un banco del parque de La Ciutadella. Por entonces, yo me sentía mucho menos que uno. Cada vez que me enviaba una foto nueva o me hablaba de un

lugar que acababa de descubrir, yo miraba las caras de la imagen o comparaba su entorno con el mío y comprobaba, una vez más, que uno no es igual a uno. Pasaron los años y casi llegué a odiar a la persona que estuvo nueve meses conmigo en el vientre de mi madre. Me traían sin cuidado sus llamadas y sus fotos, que ya no respondía ni miraba porque tenía miedo de derrumbar del todo mi sueño. Cuando hablaba con él y lo animaba, y le decía las palabras que necesitaba oír, me sentía aún más miserable.

Mi hermano se enamoró de una chica polaca de pelo negro y ojos enormes, como dos hojas de baya. Veía a mi padre sonreír cada vez que Safwan le hablaba de ella. Oía cómo lo instaba a casarse con una chica árabe de buena familia, como mi madre. Safwan solía responder con sarcasmo a todos esos consejos paternos con un escueto: «Será lo que Dios quiera». La chica polaca no era la única de la que Safwan decía haberse enamorado, pues había estado con varias más, mientras que yo nunca había conocido el amor. Cuando un joven guapo y elegante me conquistó el corazón y empecé a temblar ante un montón de sensaciones desconocidas que sospechaba que podían ser amor, tuve que soportar las maldiciones de mi padre y sus golpes incesantes, incluso después de haber convertido todo eso en cenizas.

Mi vida se detuvo después de que mi padre arrojara tres años y medio de mi vida a la basura. También me prohibió asistir a la universidad el último semestre, con la excusa de que mis groserías y mi mal comportamiento lo habían ofendido a él y a toda la familia. Pasé un mes entero sin salir de casa, sin ver a los amigos ni a la persona que amaba. Durante treinta días no tuve nada que hacer salvo leer los libros de mi padre, muy bien ordenados en un rincón de la casa. Así conocí a Gabriel García Márquez y a Paul Auster. Las palabras de Juan José Millás se me grabaron en la mente para siempre: «Quien hereda la llama, tiene que comérsela por miedo a una maldición específica».

En las largas noches, el fantasma del suicidio me tuvo atezada en mi habitación, un metro cuadrado más pequeña que la de Safwan. Cada vez que agarraba el cuchillo, me quedaba bloqueada, incapaz de hundirlo hacia dentro. Cuando ya estaba a punto de conseguirlo, una libretita que reposaba en el escritorio me salvó. Me fijé en sus páginas amarillas, como las paredes de la Alhambra. La punta

del cuchillo me clavó las palabras en el pecho, que se convirtió en un campo de fútbol. Mis lágrimas eran un bolígrafo con la tinta seca que podía verter sobre aquellas hojas de la manera más profesional.

Para demostrar al mundo que uno no es igual a uno, me dediqué a escribir sin parar. Describí a Safwan como un dragón triste que había perdido las alas. Convertí mis manos en las alas de dragón de Kalesi, de la serie *Juego de tronos*. Me adentré en el amor traspasando el umbral que mi padre me tenía prohibido. Viajé a España y viví en una casa con vistas al río Llobregat. Escribí palabras equivalentes a cincuenta declaraciones gubernamentales y dibujé un mar con dos playas, una negra y otra de un azul cristalino.

Recuerdo de la perfección lo que sucedió el último día del mes. Mi madre entró en la habitación sonriente después de un mes sin ofrecerme siquiera la luz de una lamparita. Habló mucho y fue directa al grano, pues sabía muy bien adónde quería ir a parar. Me dijo: «Tengo muy buenas noticias. Tu primo te pidió ayer en matrimonio, y tu padre no se opone a la boda». Y prosiguió: «Seguro que congeniaréis muy bien. Tiene una casa grande y un coche donde caben cinco niños». Cuando me disponía a protestar, me cortó con un gesto y añadió: «No te preocupes, lo amarás. Es un hombre muy religioso y en su vida se ha saltado una oración». Antes de salir de la habitación, concluyó con estas palabras: «Piénsalo bien. Tu padre está muy contento. Ya le ha dicho que estás de acuerdo, así que ahora no rompas su promesa».

Al salir, mi madre no cerró la habitación con llave, pero sí mi corazón, y para siempre. Me quedé allí dentro, de pie frente al espejo, contemplando el cuerpo por el que mi primo se había enamorado de mí. Era un cuerpo horroroso, aunque yo estaba convencida de que era el más femenino de toda la faz de la tierra. Me eché a llorar, y las lágrimas eran como una colonia de hormigas dirigiéndose sin saberlo hacia un agujero donde les esperaba la muerte. Empecé a quitarme la ropa, una prenda tras otra, hasta verme los senos prominentes. Eran como dos globos a punto de explotar de un pinchazo, y los muslos, que siempre habían sido muy prietos, ahora parecían los de una anciana. Entonces, con la mano derecha, diminuta e incapaz de matar a una mosca, empecé a golpearme el órgano femenino,

un golpe tras otro sin parar, decidida a aguantar el dolor hasta que pasara, como en el día del parto. De repente, mi cuerpo soltó un grito que nunca pensé que saldría de mi boca.

El día de la boda me obligaron a fingir alegría. Movía los brazos y las piernas al ritmo de la música que ponía el *disk jockey*. Estaba tan embelesada que no me desperté hasta que los ríos de sangre me aterrorizaron. Mi marido, en cambio, se excitó al verlos. Durante una hora entera, mi madre estuvo dando gritos de alegría. Nos felicitaron como si hubiéramos creado un ser extraordinario, como si hubiéramos ganado el Premio Nobel. Al día siguiente, me encontré cara a cara con un hombre a quien nunca había visto, un hombre que disfrutaba humillándome en la cama y me exigía que me comportara como una puta profesional.

Mi madre me mintió, porque al cabo de varios años de matrimonio, seguía sin amarlo. Y mi padre se mintió a sí mismo. La primera vez que miré a mi hija Salma no entendí cómo los padres son capaces de matar los sueños de sus hijos: sueños de paz, de felicidad, de cumplimiento de las ilusiones. Me convertí en madre. Fue como una broma estúpida. Cada vez que apretaba la boquita de Salma contra mi pecho, miraba su pelo, tan parecido al mío, y el lunar en la nariz, que me recordaba a una isla del Mediterráneo. La vi crecer como una flor en mi jardín, y siempre me parecía más bella que Cenicienta, mi heroína de la infancia. Sin embargo, su padre nunca la vio de ese modo. Me echaba la culpa de que no fuera un niño. También le echaba la culpa a Dios por no darle un niño que pudiera llevar su nombre. Durante los siguientes años de matrimonio, tomé píldoras anticonceptivas en secreto porque veía que a mi marido no le importaba en lo más mínimo la existencia de mi hija, y esa idea se me hacía insoportable.

Los años pasaron poco a poco, y mi padre murió pidiéndome que pronunciara una palabra que nunca había oído. Luego mi madre pasó dos años sin recordar absolutamente nada, pero cada vez que yo acudía a visitarla, se echaba a llorar y no podía contenerse. En cuanto a mi hermano Safwan, se casó con una mujer alemana a la que conoció en el café La Sastrería y que había heredado unos auténticos rasgos árabes de su abuelo. Me envió muchas fotos y vídeos de la boda, que solo fui capaz de ver de pa-

sada, con una triste sonrisa. Logré superar el dolor contrapuesto a la felicidad de mi hermano gracias a Salma, a la que enseñé a decir «te quiero» con un perfecto acento español.

Aún recuerdo con todo detalle la noche en que todo volvió a la casilla de salida. Esa noche, mi hermano se convirtió en padre por primera vez, justo veintiséis años después de que mi padre se convirtiera en padre: el veintiséis de noviembre. Esa noche, yo estuve muy ocupada escribiendo un diario imaginario, hasta que mi hermano me interrumpió al enviarme la primera foto de su hija, Elena. Recordando lo que Safwan escribió al enviarme la imagen: «Ya soy padre, Aseel. Soy muy feliz». Era fácil ver cómo rebosaba de felicidad. Si hubiera dejado una copia de sí mismo antes de abandonar este país, esa copia habría reparado en mis mejillas llenas de arrugas. Me quedé contemplando la foto y olvidé el diario sobre la mesa. Pensé mucho en Elena y en sus orígenes árabes y españoles mezclados.

Esa noche, cuando mi esposo volvió a casa, no prestó ninguna atención a mis hoyuelos, inusualmente prominentes, ni a la foto de Elena, ni cuando le describí los rasgos tan bellos con que había nacido. Él fue directo a la mesa y abrió el cuaderno que contenía todos mis secretos. Descorrió las cortinas de todos esos años, tantos, que había pasado junto a él, junto a alguien que nunca me acariciaba ni me decía una sola palabra cariñosa. Después de una sarta interminable de insultos y golpes por todo el cuerpo, vi cómo las páginas de mi diario salían volando hacia el tejado del vecino y nadie hacía el mínimo gesto por rescatarlas.

A la mañana siguiente, me encontré en la misma habitación que, años atrás, había abandonado entre lágrimas. No esperaba hacerlo, pero volví a llorar. Lloraba no por mi destino, sino porque mi marido me había impedido ver a Salma, ya que temía el estigma social. Me quedé en un rincón de la habitación como un ratoncillo, emitiendo una serie de sonidos iguales que los chillidos del ratón atrapado en la jaula de la vida. Me acordé de mi madre, de mi padre, de Safwan, de Salma y de

Elena. Me acordé de la bicicleta y de la ceremonia con que me recibieron los profesores el primer día que llevé el hiyab a la escuela. Me acordé de mis cuatro años de universidad que no pude terminar y del día de mi boda, cuando, a ojos de mi padre, me convertí en una chica decente embutida en aquel traje de novia.

Ahora me he hecho con un nuevo diario, y en todas sus páginas puede leerse: «Uno no es igual a uno».

24 de noviembre de 2022

La primera vez que mi padre habló de España, yo me imaginé ese lugar como una chica de veinte años capaz de atraer todas las miradas. Nunca dejé de visitarla en sueños desde que mi hermano me dejó sus bolsas llenas de recuerdos y convirtió mi cama en una pista de aterrizaje. Más tarde, encerrada en mi habitación con un lápiz en la mano, fui capaz de crear un avión de papel que aterrizó en un aeropuerto de verdad. Así pude conocer el parque de La Ciutadella y tomé una fotografía exactamente igual que la primera que Safwan me envió. Luego pasé una hora en una casa antigua con vistas al río Llobregat y contemplé el cielo, del que llovían risas y sueños, y me tomé un café en La Sastrería mientras observaba con atención los rostros de los paseantes, hombres y mujeres.

Ahora, las olas del Mediterráneo me acarician los pies. Contemplo el agua mientras deslizo por ella los dedos de los pies, como una ladrona que conoce muy bien los entresijos de una casa. A lo lejos, veo a Safwan, un hombre hermoso que ya no se peina hacia el lado derecho. Si fijo la vista, veo a Salma y Elena jugando a la rayuela en un país muy lejano. Inclino la cabeza hacia el otro lado y puedo ver las hojas voladas de mi diario, convertidas ahora en palomas blancas de la paz. Veo a mi padre como un hombre viejo y sabio que vela por la libertad de sus hijos, y pido a mi madre una y otra vez que me diga cuánto me quiere. Solo ahora puedo decir que sí, que uno es igual a uno.